

La Espera

30 Septiembre 1916

Año III.—Núm. 144

ILUSTRACION MUNDIAL



LA NOVIA DE JUAN, cuadro de Eugenio Hermoso

LAMARATE



JUEGO DE CHIQUILLOS

SON diez ó doce, entre niños y niñas, y están frente á mi casa disponiéndose á colocar encima de unas piedras los juguetes que traen, quien dentro de un cestillo, quien en un latón, quien sujetos por los pliegues del delantal.

La mayor parte de estas criaturas tendrá cinco ó seis años; las hay de tres, de dos. Una de año y medio, traída por su hermana, va y viene entre el grupo con andares vacilantes de pato.

Un primor es el tal chiquillo, con su pelo recortado, erizándose en menudos rizos sobre la cabeza redonda; con sus ojos negros que todo lo registran; con su boca bermeja, que todo lo quiere preguntar; con sus manitas suaves, que todo lo intentan coger.

El infante constituye una perturbación para los otros niños.

—¡ No tiene formalidad ! —exclama uno de ellos, sujeto de cinco años.

Otro de cuatro, dice :

—En cuanto saquemos los juguetes nos los va á romper.

El más franco—tres años—grita, encarándose con la hermana del revoltoso.

—Llévatelo.

—No—responde ella—. Para marcharse él, he de marcharme yo. Mis padres me han puesto á su cargo.

—Pues marchaos los dos.

—Bien—replica la muchacha gimoteando—; pero, si me voy, me llevo mis juguetes.

Y enseña, sonándose, una cesta de mimbre atada con cintas de colores.

Es ruido de cristal y de porcelana. ¿ Cómo serán los juguetes que producen semejante música ? ¿ Qué contendrá aquella cestita tan maja ?

Estas preguntas viven en los ojos de todos los chicuelos. La curiosidad les hace transigir.

—¡ Vaya ! —dice el de los seis años, jefe de la tribu—. Quédate aquí con tu mocoso; pero cuídate de lo que hace. Si nos estropea el juego ó los juguetes, te hincho la cabeza á capones.

—¡ Mira que !... ¡ Poco bueno va á ser Gasparín ! ¿ Verdad que vas á ser muy bueno, rico ?

—¡ Chi !, ¡ chi ! —responde Gaspar, hurgándose á dedo entero las narices.

Los niños, á quienes contemplo desde el jardi-

nillo de mi casa, pertenecen á familias humildes; hijos son de obreros campesinos; sus padres, y sus madres también, ganan penosamente el pan; ellos cultivan la tierra de un amo por dos pesetas diarias de jornal y aprovechan los días en que falta el jornal para atender á los cuatro miserables terrones que componen su hacienda. Las madres hacen milagros dentro del hogar para que el salario de los maridos y el producto ruín de la hacienda basten á las perentoriedades del diario vivir.

No se distinguen, pues, los niños por lo limpios y por lo nuevo de los trajes. Cuesta caro el jabón y disponen de poco tiempo las mujeres para asear á sus criaturas. Estas ciñen al cuerpo cuatro pinchos, donde el cariño maternal ha hecho con la aguja milagros.

Los primeros juguetes que salen á relucir son los de la cesta.

Con ojos centelleantes observan los niños el desandujamiento de las cintas. Cuando se alza la tapa, todos los cuellos infantiles se estiran, todas las cabezas se inclinan hacia la abertura. Cada cacharro que aparece provoca un ¡ ah ! de admiración.

¡ Los pobres cacharros ! Restos son de una rica juguetería, desperdicios que la hija de unos padres pudientes ofreció á la hija de unos obreros campesinos. Por joyas los tiene ésta; como á joyas los contemplan los otros personajes del grupo.

Una tacita desportillada con aro de dorado filete; cuatro ó cinco platos, tan desportillados como la tacita; una sopera manca; un tenedor faltó de pinchos. ¿ Qué importa ? Para los niños significan regalos de hada, y van á constituir su felicidad por espacio de una hora.

Maravillas son las que salieron de la cesta; como lo son las cuentas de vidrio, que un niño desgrana en los platos; y el muñeco, sin piernas, que se deposita cuidadosamente sobre un delantal, convertido en colchón; y la empuñadura de sable, sin hoja que empuñar, y el vagón sin ruedas, enganchado á una locomotora sin chimenea y ténder.

¡ Despreciables objetos que imaginaciones inocentes transforman y hermosean !

—¡ Infelices criaturitas ! —dice mi vecino, un

señor gordo que á todos y todo mira y habla con aire de superioridad—. Con poco se conforma.

—Con lo mismo que usted y yo nos conformamos—le responde.

—¿ Qué dice usted, vecino ?

—Vecino, la verdad lisa y llana. Si usted, hombre de buen sentido, tras mirar los inútiles cachirulos que constituyen la felicidad de esos niños, recuerda las personas, cosas y afectos que han constituido y constituyen la ventura de usted, y establece comparaciones, acabará por reconocer que tengo razón.

—¡ Hombre !...

—También, en la mayoría de los casos, fueron nuestra imaginación, nuestro capricho ó nuestras pasiones, quienes nos llevaron á idolatrar, á considerar seres maravillosos, grandes ideales, sublimes afectos, á los que no sólo eran vulgares criaturas, credos engañadores, apetitos sensuales que, una vez satisfechos, nos inspiraron repugnancia, aversión y desdén.

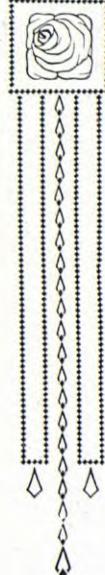
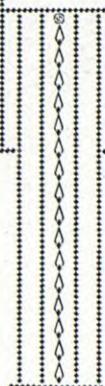
—Por más despreciables que esos desperdicios—segúi—los tenemos ahora. Y, sin embargo, entonces hubiéramos expuesto la vida, fortuna, honra, para conservarlos con nosotros; para imponerlos á las multitudes; para hacer que las vibraciones gozadoras duraran unos minutos, unos segundos más. Tardarán menos los chiquillos en dar un puntapié á esos trastos, que tardamos nosotros en desprendernos de aquellas embusteras imágenes, de aquellos ídolos falsos, de aquellos asesinos placeres.

—Hoy mismo—continué, deteniendo una interrupción de mi amigo—, ¿ no causarán nuestra admiración, no cautivarán nuestro afecto, como si regalos de hada fueran, despreciables y desportillados juguetes ?

—Mejor es no profundizar para responder á la pregunta. Imitemos á los chiquillos. Sigamos dando por maravillas los desportillados juguetes que hoy distraen ó encantan nuestras horas. Ya se encargarán años y desengaños de mostrárnoslos tal y como son.

JOAQUÍN DICENTA

PASO HONROSO



Puente romano sobre el Guadalquivir, en Córdoba

FOT. CASTELLÁ

Córdoba, la sultana del Occidente,
la de los fuertes muros y el ancho foso:
un adalid poeta llega á tu puente
á mantener cual bueno su paso honroso.

No el arnés lorigado su pecho abruma
ni el sol sobre el luciente casco se mira,
pues de él ya no le resta sino la pluma,
y en lugar de la espada trae una lira.

Pero aquí está su enseña, que alta tremola,
donde aparece en letras de oro bordadas
el nombre de una insigne «mora española»
que un dia fué la «estrella de los Omriadas».

De la que en hermosura fué la primera,
en quien Alá sus gracias agotar quiso,
y á la que un Abderráman por mansión diera
una ciudad más bella que el Paraíso.

De aquella que del triste siempre oyó el ruego,
la que mostró al cautivo su risa franca,
aquella que en «kasidas» llenas de fuego
cantó aquel Abenámar de barba blanca.

De aquella esclava Reina cual luna clara
que reflejó en el Bétis su faz divina,
aquella encantadora gentil Zahara
más bella que las rosas de su Medina.

Córdoba, la sultana del Occidente,
esa huri que ya en brazos de Alá reposa
y llevó tu corona sobre su frente,
esa es la que hoy proclamo por más hermosa.

Esta, la que por reina clamo y adoro
porque Héspero luciente fué de tu Ocaso,
y á la voz del agudo clarín sonoro,
arbolando su enseña, «mantengo el paso».

*¡Dame, oh patria, las flores de tus vergeles
para adornar con ellas mi pobre empresa!
¡Que sobre mi estandarte lluevan claveles,
y tú ven á pisarlos, mi cordobesa!*

MIGUEL DE CASTRO

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



TIPOS EXTREMEÑOS

LA CRIADITA, cuadro de Eugenio Hermoso

LA ESFERA
LAS CALLES DE MADRID



UN ASPECTO DE LA PUERTA DEL SOL

Fot. Castellá



Jardinera gentil, mi amor te brindo
como reina y señora del planeta;
yo soy esclavo de tu amor, y rindo
á tus plantas mi lira de poeta.

Jardinera gentil, inmaculada,
á la que envídian el sol desde su altura,
¡no hay luz como la luz de tu mirada!,
¡no hay flor como la flor de tu hermosura!

Y como tus mejillas son dos rosas
con las que á todas las demás humillas,
las pintadas y errantes mariposas

acuden á besarte en las mejillas.

Tu mirada radiante enciende amores
y torna las negruras en topacios,
¡dónde posas tu planta nacen flores
que inundan de perfumes los espacios!

Ante tí, soberana y arrogante,
se doblegan las flores más altivas,
porque tú eres la rosa más fragante
de ese verjel que con amor cultivas.

Jardinera gentil, inmaculada,
que es de amor ideal compendio y suma,

que fecunda el verjel con su mirada
y con su puro aliento lo perfuma.

Jardinera gentil, mujer y diosa
á quien me unió el amor en lazo estrecho,
cuando arrojen mis restos á la fosa,
donde todo lo humano se derrumba,
¡las flores que se agosten en tu pecho
arrójalas después sobre mi tumba!

MANUEL SORIANO

Fotografía del notable artista Sr. Casas Abarea.

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



MARAVILLAS DE LA CATEDRAL DE SIGÜENZA.—CAPILLA DE SANTA CATALINA, QUE FUNDÓ EL OBISPO
D. FERNANDO DE ARCE EN EL SIGLO XIV

FOT. SALAZAR

ESPAÑA MONUMENTAL

LA CATEDRAL DE SIGÜENZA

EL Muy Ilustre Señor Deán de Sigüenza nos había invitado á visitar la vieja ciudad de los Mendozas, la que guarda las sombras de doña Blanca de Borbón y de Cisneros y donde fué graduado el cura con quien muchas veces tuvo competencia D. Alonso Quijano.

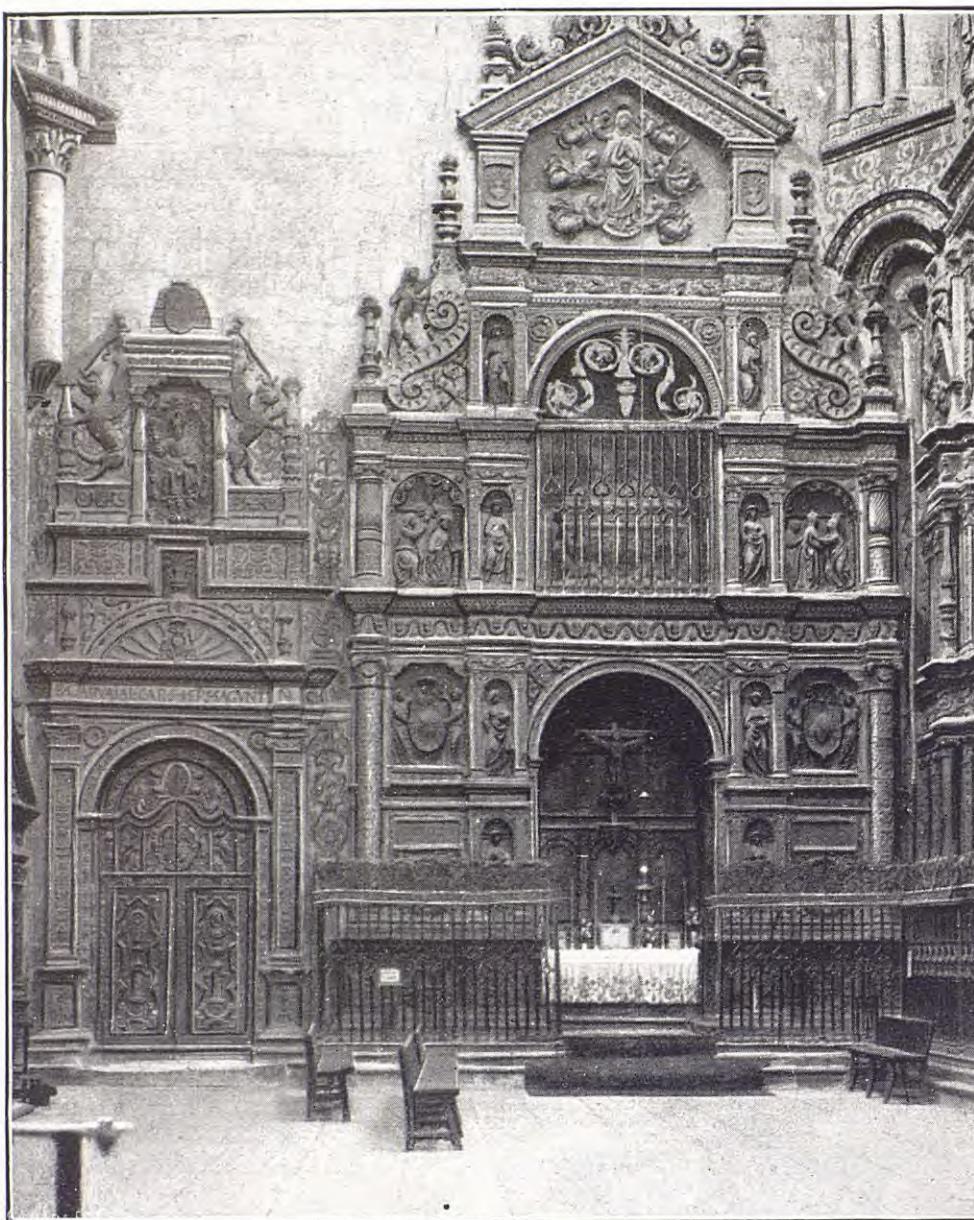
Una mañana emprendimos el viaje desafiando al sol, que era de fuego. Nos acompañan *El Detective Ros Koff* y Salazar, que esta vez dejan sus habituales negocios atraídos por el encanto de un viaje artístico y sentimental.

Comienza el tren á deslizarse por la llanura abrasada, bajo el cielo de un intenso azul. El silencio llena los campos. No se percibe el eco de un cantar, ni el revuelo de una campana, ni el rumor de un regato. Ni cruza el aire luminoso un pájaro, como si la tierra se hubiera adelantado á la hora de la siesta. Y hasta el silbato del tren y la campana en las estaciones de paso tienen un sonido perezoso y adormecido.

Por fin recrea los ojos la cinta del Jarama que se va entre matorros mermando en su caudal. A sus orillas pastan tranquilamente los toros. Cerca de ellos lía un cigarro un hondero montaraz y robusto. Un berrendo se planta y escarba fieramente la tierra en son de desafío. El zagal le vocea y amenaza.

—¡Flor de Jara! ¡Eh!

Y el toro, obediente, depone su gallarda actitud y se retira mansamente, mientras el tren sigue su viaje atravesando la llanura.



El altar de Santa Librada.

con su mole vetusta de caserón desmantelado, obligándonos á doblar una esquina para entrar en una calle de casas bajas con grandes balcones volados y ventanas de rejas salidas. Nadie la cruza, todo calla y nuestros pasos tienen una alarmante sonoridad. Las puertas permanecen entornadas, velando los anchos zaguánnes á la ardiente caricia del sol, y en los balcones flotan amplias cortinas que libran los misteriosos interiores del beso de la luz.

De pronto rasga el aire el címbalo de la catedral llamando á los canónigos á coro. Nosotros, lentamente, con la perezosa languidez del sol y de la siesta, ascendemos por una empinada calle tapiada de hierba. A ambos lados hay casas de aspecto grave y señorial. Tiene una de ellas humos de palacio, con sus piedras labradas, su recio portalón y su balcón corrido de pesado barandaje de hierro.

Una puerta desvencijada nos abre paso á un ancho patio que, flanqueado por los robustos muros de la catedral, igual parece plaza de armas que lugar de servicios domésticos donde se dieran órdenes y se cobraran diezmados. El suelo es un espeso tapiz de hierba y el aire tiene ahora un acordado zumbar de insectos. El címbalillo sigue sonando, y sus voces claras caen de la altura como un canto de paz.

Por un callejón abovedado, húmedo y fresco, hemos ganado el claustro donde un canónigo

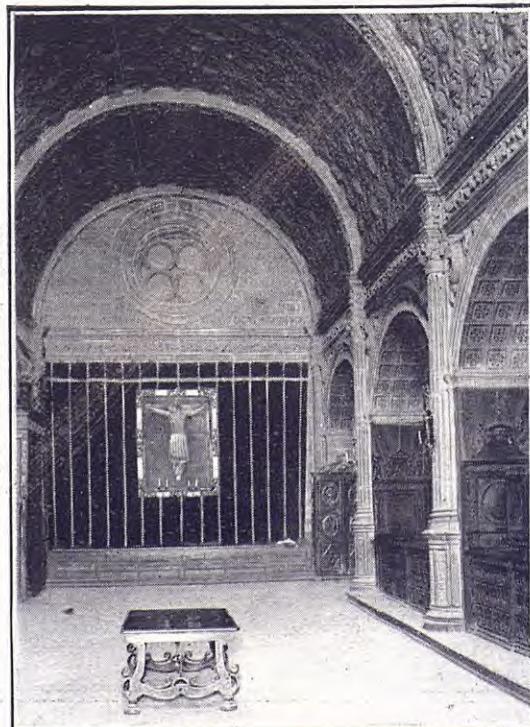
da. Ya lejos de Madrid, el paisaje va perdiendo aridez. La tierra tiene placenteras ondulaciones; yérguese aquí y allí grupos de pinos y macizos de arbustos y los árboles ofrecen algunos deliciosos oasis de sombra. Sobre una colina se perfilan los paredones de un castillo ruinoso que tiene el pardo color de una anguaria castellana. Viene á nuestro encuentro el Henares con un suave rumor de aguas cantarinas y frondas rumorosas y cruza á lo lejos un mozo guiando una reata de mulas. Ya es medio día y cantan en el aire las campanas de una iglesia escondida entre árboles. Poco después se ven, bajo la lumbre del sol, fuerte y dorada, las casas de Sigüenza presididas por la mole de la catedral, que tiene aspecto de fortaleza, y guardada por el castillo, que ya no tiene humos de señorío.

Esta arcaica ciudad de Sigüenza tiene la solemnidad y el silencio de todos los pueblos históricos. A sus umbras debiera llegarse en guisa de romero, calzando sandalias y apoyándose en un bordón, como á Compostela y á Santillana, y al pisar su suelo debiera hacerse á Santa Librada, su celestial patrona, una ofrenda tradicional como á Santiago, el del blanco y galopante corcel.

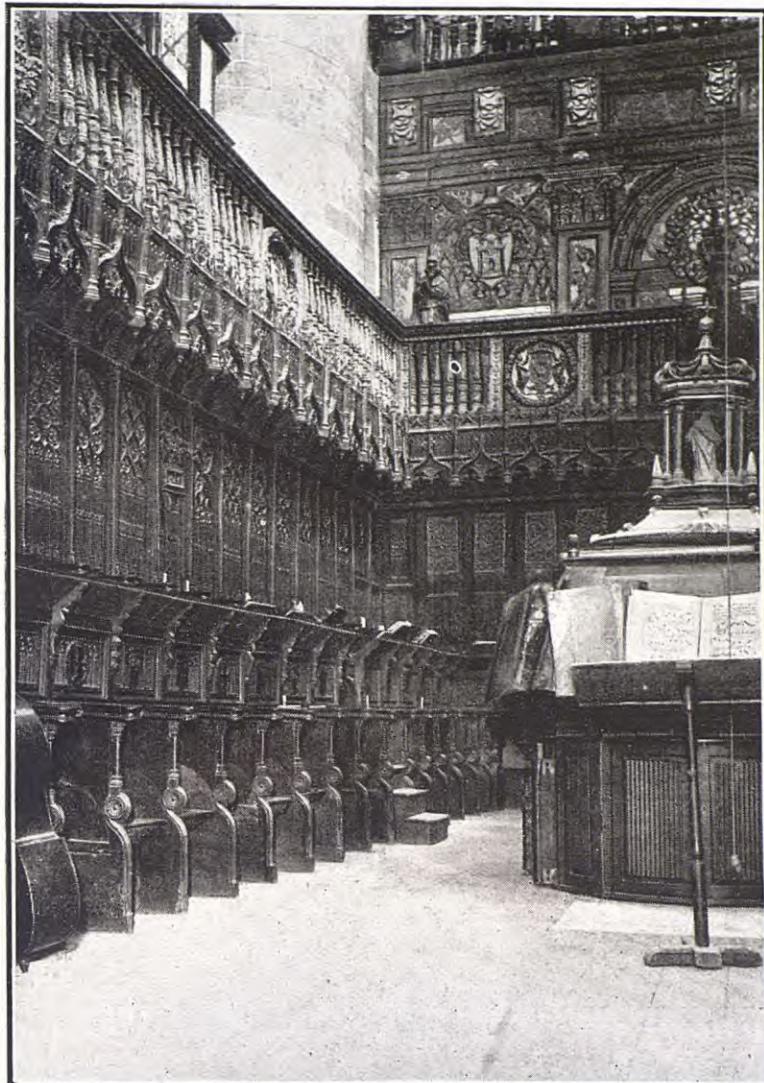
A la entrada de la ciudad hemos visto algunos paseantes, muy pocos, que gustaban la grata sombra de los árboles en la alameda. Andaban lentamente y hablaban en voz baja, como si estuvieran dominados por el sopor del día ó temieran despertar de su sueño á la ciudad adormilada. Un convento parece cerrarnos el paso



Una de las naves del claustro



Detalle de la Sacristía



Un rincón del coro, una de las joyas de la Catedral

FOT. SALAZAR



Puerta del Relicario, de gran mérito artístico

pasea silencioso, recogido el manteo y libre la cabeza, luciendo la tonsura. No hemos suscitado su curiosidad y ha presenciado nuestra irrupción con indiferencia, como quien no quiere distrarse de alguna grave ocupación. Reza ó medita.

A pesar de revocos y trabajos de reedificación, aún contiene el claustro señales de su primitiva belleza. En las bóvedas abre la ojiva su sonrisa de luz, y las arcadas divididas por pilastras gentiles dejan ver el patio, hoy convertido en huerto que abraza el sol. Entre hierbajos y árboles sin fruto ni sombra, se han muerto unos lirios blancos, languidecen unos rosales y se encrespan los cardos silvestres. En medio abre el pozo su ancho y negro brocal.

Un criado, periquero ó guardián, nos sirve ahora de espolique en este viaje bajo las naves de la catedral segontina. Es un hombre arrugado y tímido, vestido con unas negras hopalandas de recio paño. En las manos lleva un manojo de llaves que producen al moverse en el aire un son lúgubre que nos recuerda el de los llaveros de los presidios. Un triste son de hierro.

Tras él pasamos desde el claustro á la iglesia. Cantan los canónigos en el coro y sus voces hondas, litúrgicas, envuelven las vocecillas de los *infantes* que recuerdan á los *seises* sevillanos. Llena las naves el fuerte aroma del incienso y en las altas vidrieras de colores juegan los ardientes dedos del sol. Algunas viejas enlutadas rezan ó duermen en la penumbra.

El guía se detiene un momento junto á la capilla de la Concepción, de marcado estilo mudéjar. Desde el umbral de sus puertas de hierro paseamos los ojos por los altos muros donde campea profusamente la cruz de los Mendozas. Luego avanzamos entre los gallardos pilarés revestidos de columnas, unos engalanados con un doble capitel, otros rudos y macizos como restos de un castillo feudal. Pasamos junto á capillas misteriosas y obscuras en cuyos altares se yerguen las imágenes viejas entre luces mortecinas y flores de trapo; nos detenemos para admirar los sepulcros de piedra que tienen labradas figuras de caballeros y prelados con inscripciones latinas medio borradas por la mano del tiempo; gozamos de la maravillosa visión de la luz que penetra por un calado rosetón gó-

tico que fulgura en la altura como una estrella en la noche.

Rápidamente pasamos por otras capillas cerradas con pesadas y macizas verjas de hierro y ante imágenes de mucha devoción. En todas ellas ha dejado el arte sus maravillas y la piedad dice oraciones y dona exvotos. Hacemos un breve descanso en la Sacristía, estancia de traza cuadrilonga con bóveda de medio punto tañonada de bustos y cabezas de viejos arrugados, blancas doncellas y grotescos bufones. En las puertas, en las ventanas y en la cajonería el cincel ha labrado primorosos relieves.

Ha terminado el rezo del coro y se desvanecen las perfumadas oleadas del incienso. Los canónigos se deslizan por parejas, bajo las naves, con sus severos capisayos forrados de terciopelo rojo. El Señor Arcediano... El Señor Penitenciario.... El Señor Doctoral... Los *infantes*, con el blanco sobrepliz sobre el encendido ropón, se detienen junto á la acristalada y Senciendo un pitillo en las brasas del incensario. Luego se sumen en la sombra, mirándonos curiosamente y guiñando los ojos.

Va cayendo la tarde. Viene á nuestro encuentro el Muy Ilustre Sr. Deán, destacando su arrogante figura bajo la majestad de las naves. El viejo de las negras hopalandas le saluda con una humilde reverencia. El prebendado nos guía á la capilla de Santa Catalina que antaño estuvo dedicada á Santo Tomás de Cantorbery. Es la capilla segontina de mayor esplendor desde los días del siglo xvi. El Obispo de Canarias, don Fernando de Arce, mandó labrar en la portada primorosas labores platerescas. En las jambas del arco artesonado se abrieron dos grandes hornacinas que contienen las urnas de Martín Vázquez de Sosa y Sánchez Vázquez. La efigie del caballero D. Martín viste un hábito sobre la cota de malla y sostiene entre las manos el largo montante. La de su esposa, Sancha Vázquez, yace como dormida. En el centro del panteón se levanta un sarcófago que guarda las cenizas de Fernando de Arce y Catalina de Sosa, con las efigies tendidas sobre la cubierta de mármol.

En las paredes se destaca otro sepulcro que tiene cinceladas labores en sus pilastras y en sus arcos. Un caballero reclinado en el lecho

está abismado sobre un libro de horas. Viste la cota del guerrero y adorna el pecho con la roja cruz santiaguista. El mármol, blanco y bruñido, transparenta las venas que azulean ligeramente, dando la sensación de que, pasada la lectura, el caballero dejará su lecho para seguir la historia de sus hazañas. Es D. Martín Vázquez de Arce, Comendador de Santiago, muerto por los moros cuando socorrió «el muy ilustre señor Duque del Infantazgo, su señor, á cierta gente de Jahan á la Acequia Gorda en la vega de Granada.» No muy lejos de D. Martín duerme su sueño de piedra su tío, el Obispo D. Fernando de Arce, solemne y pavoroso en sus ropas de pontifical.

Largo rato hemos contemplado la portentosa efigie del guerrero que murió por la fe católica en lucha con los moros. La luz es más pálida en las altas vidrieras de colores y comienza á levantarse en las naves un aire frío y húmedo. A nuestra espalda brilla el sol en el atrio espacioso. Vamos á abandonar el templo y nos defendemos la última vez para abarcar en una mirada toda su inmensa majestad. En el suelo hay muchas losas sepulcrales, ya desgastadas, que recuerdan en borrosas leyendas los nombres y los méritos de caballeros, mitrados y canónigos. Las lápidas tienen escudos, mote y divisas. La vida pasa á cada momento sobre ellas, borrando poco á poco las águilas, yelmos y castillos de los blasones. Y abajo, en la húmeda oscuridad de la tierra, yacen convertidos en polvo los orondos obispos de largos hábitos y los valerosos guerreros que hasta después de muertos se ciñeron el férreo arnés de guerra y conservaron entre sus manos el pesado montante.

Pocas leyendas de las marmóreas sepulturas son legibles. El roce constante de los pies ha roto ya las letrillas, porque es ley de la muerte y del olvido que de aquello que fué no quede ni el recuerdo. Únicamente, á la incierta luz del crepúsculo, acertamos á leer sin esfuerzo un lema de recia estirpe castellana. *A sólo Dios el honor*, dice la piedra, glosando los famosos versos calderonianos, según los cuales solamente la vida y la hacienda han de darse al Rey. Y es la leyenda como una voz caballeresca que suena más allá de la tumba.

SALVADOR MONSALUD

CUENTOS ESPAÑOLES



DONA BEATRIZ

Para Diego San José, el moderno poeta de las antiguas rimas.

En la tarde lluviosa, plomiza y fría, la calle— que tiene palacios señoriales á un lado y á otro—está desierta.

En la acera picotea algún gorrión errante las semillas extraviadas. En derredor de los árboles se estanca el agua que cayó abundante. Tanto llovió hace días, que los troncos están lustrosos y hay musgosidades parásitas en las ramas huérfanas de pomposa hojarasca.

Dentro de los jardines sí verdea algún manto de hiedra, algún ciprés, algún mirto, algún abeto que tiende sus afelpados ramajes impasibles al frío.

Detrás de las hiedras, de los mirtos, de los cipreses y de los abetos centenarios, los palacios parecen pequeños mundos misteriosos.

Hace frío. No pasan ni mendigos por la calle. Saben que en los palacios no escuchan su cantiga de dolor porque hay una verja de hierro, un jardín donde gruñen los mastines ahitos, unos muros espesos, unas puertas cubiertas con tapices, y que esos tapices sólo puede descorrerlos la mano mercenaria de un servidor enfatulado dentro de la librea que le da servidumbre.

Pasan coches blasonados. Dejan las ruedas surcos profundos. Levantan la costra del barro, encrespándolo en olas negruzcas.

La calle es un pantano, y el aire un lobo hambriento.

Como hace tan mal tiempo, dicen que doña Beatriz se ha agravado. Es viejecita y está aterri-

da. Necesita el sol, y el sol, como es de oro... no se compra con oro.

Doña Beatriz, que es rica como lo fué su madre, y su abuela, y sus abuelos, todos, tiene una mansión principesca, y muchos servidores, y tres coches, y tres autos, y un médico extranjero que cura sus dolencias... «Males que no serían tales», si doña Beatriz tuviera aún los cabellos negros y saltara y corriera sin temor por la nieve y se asomara por la noche al balcón para contar las doce estrellas que dan un novio galán, rico y apasionado como Amadís de Gaula, ó como el fiero Arnoldo. Pero doña Beatriz ya no sonríe, y no puede cantar con voz enternecedora, como cantaba en 1862 en la corte francesa del último Napoleón y la bella emperatriz española; no puede tocar el clavicordio porque está trémula; ni puede leer á Homero porque es ciega.

Doña Beatriz se va á morir. Lo ha dicho el médico extranjero, y lo ha dicho el sacerdote, y lo dicen los nietos, que son todos condes y duques, y lo dicen también muy tristemente las hijas del señor administrador, y la costurera, y las doncellas, y el mayordomo D. Gaspar. Doña Beatriz ya no ha de levantarse de su lecho de amaranto amarillo.

La cuidan solícitas dos hermanitas de la Caridad, que cambian la guardia á las cinco en punto de la tarde.

Casi siempre son las mismas. Se marcha la hermana Anunciación y la hermana Teresa, y las sustituyen la hermana María de la Luz y la hermana Francisca. Alguna vez acude también la hermana María Magdalena y la hermana Casilda. Ayer fueron las dos. Pasaron á lo largo de la calle

desierta, entre los altos árboles negros que al soplo del huracán dejaban caer gotas de lluvia, como lágrimas claras, que el viento mismo se llevaba. Iban calladas. D. Gaspar dijo aún no hace una semana :

—Hermanitas, el señor conde manda que se ponga un carrojue á su servicio.

Pero ellas, ¡siervas del Señor!, mansas cordejillas de la santidad, resignadas y humildes, sonrieron levemente entreabriendo apenas sus pálidos labios sin temblores humanos, y dijeron á un mismo tiempo :

—No, gracias, gracias. La Orden lo impide.

—Y...—añadió la hermana Magdalena, que había sido en el siglo hija de un poeta excomulgado.— ¡Más anduvo el Señor por senderos de abrojos! Gracias, D. Gaspar. Dé usted las gracias al señor conde, su señor.

Ayer, como la tarde estaba fría y era casi de noche, las hermanas habíanse puesto, sobre los hábitos azules, negros toquillos de áspera estameña. Las alas blancas de sus tocas tenían el ritmo de esas aves heridas que vuelan por última vez. Avanzaban las criaturas de Dios por la acera enlodada, esquivando los charcos, sin coquetería, pero con decoros femeninos. Tintineaban las medallas y la cruz del rosario santificado.

La hermana Casilda no decía nada; sor Magdalena quería hablar. Faltaban tres palacios para llegar al hotel de doña Beatriz. La hermana Magdalena se detuvo de pronto ante un caserón señorial.

—Mire allí, hermana, mire aquel ventanal iluminado.

Y se echó como un presidiario sobre los hierros de la verja.

—¿Ve, sor Casilda? ¿Ve?... Hace algunos años era aquella una alcoba toda tapizada de rojo. Allí defendimos de la muerte á un hombre herido en duelo. Al fin sanó. Y un día de sol, un día de Mayo, me dijo que se había enamorado de mí.

palpitaba en las sienes; el corazón había sufrido un sobresalto tan grande que casi le dolía.

—¡Dios mío! ¡Aleja al Malo!—se signó temblando.—. ¿Sería rubio ó moreno?...

—Era rubio, alto, palidísimo...

Sor Magdalena la sacaba de dudas. La hermana Casilda se signó de nuevo.

—¡Dios mío, aleja al Malo!—dijo la hermana Casilda, y volvió á signarse. Y se signó también la hermana Magdalena, y recogió del suelo el paraguas enlodado, y siguieron el camino, y llegaron á casa de doña Beatriz. Y sor Casilda iba diciendo:

—¡Dios mío, aleja al Malo!



—¡Hermana!—clamó sor Casilda.

Se quedó sin pestañear, clavada en la acera.

Extendió los brazos. Se le cayó el paraguas, el burdo paraguas de algodón, que chapuceó en el agua como un murciélagos aturdido; tintineó el rosario... aleteó la toca de albo lienzo purísimo...

Se ruborizó sor Casilda; sintió que la sangre le

—...Me dijo que dejará los hábitos y que me haría su esposa. Pero él era de un país remoto donde se sigue la doctrina de Lutero; frisaba en los treinta y siete años; leía á todos los filósofos; bebía todos los vinos; tenía en la cabecera de la cama una estatua en mármol de Afrodita, y en un cofre labrado un áspid que ahogaba á los pajarrillos, que comía mariposas y se adormecía tomando miel y leche.

Y sor Magdalena, que no tenía pecado, iba llorando, llorando como los árboles sin flores y sin frutos en la tarde inclemente, que también lloraban lágrimas claras que el viento se llevaba...

ADELA CARBONE

DIBUJOS DE PENAGOS

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

XII

CON el buen propósito y mejores ganas de dar principio al capítulo duodécimo de estas Memorias, suspensa la pluma sobre el papel en blanco, pido á mí Ninfá su opinión sobre acontecimientos de mi vida, viajes ó viajecitos que pudieramos dejar olvidados. Y ella, con infantil donaire y más voluble y pizpireta que nunca, me habla de esta manera:

«No olvidaré, maestro mío, ni nuestros viajes por países distantes, ni nuestras excursiones á ciudades inmortalizadas por un nombre de inmensa resonancia en la literatura universal. Tengo bien presente nuestra visita á Stratford-on-Avon, patria del más alto ingenio de Inglaterra. No te digo nada de la fecha porque la ignoro, y en cuanto al asunto, no debes repetirlo ahora, porque ya lo publicaste en un librito que anda por esos mundos y que figura, con otros trabajos tuyos, en un tomo titulado *Memoranda...* Precedió á esta interesante visita la que hicimos á Edimburgo, ciudad renombrada por su esplendor cultural en todas las artes y ciencias, de donde vino el calificativo de *Atenas del Reino Unido*. Salimos de Newcastle con nuestro compañero de fatigas Pepe Alcalá Galiano. Pasamos por Berwick, frontera de Escocia. (Ya sabéis que este título de Berwick vino á ser español en la guerra de Sucesión y quedó enlazado después con los ducados de Liria y Alba.) Pasamos por el brazo de mar llamado Firth-of-Forth, y admiramos el inmenso puente, aún no terminado, que une á ambas orillas. Para dar idea de las dimensiones de esta obra colosal, baste decir que cada uno de sus tramos equivale á dos torres *Eiffel* colocadas horizontalmente...

Llegamos, como sabes, á Edimburgo, que nos sorprendió, por no ser ciudad tan ahumada y tristona como otras del Reino Unido. Aunque allí no faltan industrias ni altas chimeneas, lo que prevalece es el taller literario, libros, revistas, imprentas, organismos académicos, científicos, que abrazan desde lo más elemental para uso de la infancia hasta lo más abstruso y enciclopédico para las intelectualidades viriles. La calle principal, Princes-Street (calle de la Princesa), que es la vía principal de Edimburgo, es una sucesión de edificios monumentales alternando con casas espléndidas, museos, hoteles; la estación del ferrocarril, es considerada por los escoceses como la más hermosa calle del mundo. Se destacan en ella el monumento á Walter Scott, la soberbia columnata que encierra los Museos de pintura y las colecciones científicas y multitud de estatuas consagradas á las celebridades escocesas... El mismo día de nuestra llegada á Edimburgo hubimos de disponer nuestra partida porque mi compañero de viaje se vió precisado á regresar á Newcastle por obligaciones apremiantes del consulado de España. Habíamos ido á Escocia con ánimo de visitar, después de Edimburgo, la Región de los Lagos, cuyas poéticas leyendas enardecían vivamente nuestra imaginación. Pero este lindo plan hubo de ceder á las exigencias de la realidad humana. No quisimos abandonar la ciudad de las imprentas, emporio de la librería y del saber académico, sin visitar la Universidad y otros centros escolares. Avidos de romántica historia, corrimos después en busca del palacio de Holyrood, antigua residencia de los reyes de Escocia. La Abadía próxima es una ruina venerable y pintoresca. Creyérase que es un modelo de vestigios artificiales y que sus machones festoneados de hiedra son obra de una mano de artista decorador de esqueletos arquitectónicos. El palacio se conserva bien. En uno de sus salones hay una galería de retratos de los reyes de Escocia, colección de pinturas en las que no se vislumbran la antigüedad ni el carácter personal de los soberanos allí representados. Todo es obra del colecciónismo sintético y catalogado. Lo verdaderamente interesante y auténtico es la alcoba de María Estuardo. Sobreviven el lecho, los colchones, las cortinas y demás paramentos, como si



D. JOSÉ ALCALÁ GALIANO

estuviera reciente su uso. No lejos del dormitorio de la infeliz reina, vimos la escalera en que fué asesinado Rizzio. Nuestra imaginación ó la locuacidad del cicerone descubrían en el pavimento huellas de la sangre del aventurero italiano.

El cielo dió á María Estuardo un buen palmito, pero le negó el adorno de una clara inteligencia, necesaria para gobernar su vida. Era hermosísima, pero carecía del freno moral para contener sus livianos apetitos. Casó en temprana edad con el Delfín de Francia, después rey Francisco II, y ya viuda, pasó á ocupar el trono de Escocia. Desleales consejeros arrastraronla prontamente á las mayores torpezas y desatinos. Casó con un noble llamado Darnley, y como en la linda cabeza de María el exceso de liviandad no dejaba espacio al sentido político, se enamoró de un italiano llamado Rizzio, que apareció en aquel país tocando la bandurria, el laúd ó no sé qué instrumento. Sobrevino la catástrofe inevitable en estos devaneos. En el acaloramiento de un festín, Darnley mató á Rizzio, y desde entonces ya no hubo paz para la dislocada reina de Escocia.

En aquellas décadas aparece en el reino vecino otra mujer, figura histórica de colosal relieve, Isabel de Inglaterra, que si no podía rivalizar con María en gracia femeniles, la superaba con creces en dotes intelectuales. Hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, Isabel poseía un talento de primer orden escondido tras una máscara de sequedad y tics. La rivalidad entre Isabel y María no tardó en estallar. Móviles de este antagonismo fueron la hermosura de la Estuardo, que despertaba en Isabel la natural envidia, y las rivalidades entre católicos y luteranos, que el fanatismo exacerbaba en proporciones aterradoras.

Así las cosas, María se apoyaba en Bothwell y después en Murray. Y en tanto Isabel, obrando con tanta sagacidad como perfidia, trataba de in-

ducir á María á una transacción amistosa, y con arte astuto cuidaba de apartarla de su reino para precipitar el fin trágico que deseaba. En uno de estos lances, Isabel preparó hábilmente la entrevista de las dos reinas en el bosque de Fotheringhay. Esta entrevista de las dos reinas es la escena más maravillosa del drama de Schiller *Maria Estuardo*, y de ella puede decirse que la poesía supera en interés y verdad á la Historia... Continuaron después de esta escena las agrias disputas entre las dos reinas; una y otra conspiraban enredos mil para sacar triunfante su derecho. Isabel, más ladina que su rival, supo dar al litigio carácter de conspiración contra el Estado. La soberana de Inglaterra había heredado de su padre, el bárbaro Enrique, el arte expeditivo de despachar á sus enemigos por medio del verdugo, y sin encormandarse á Dios ni al diablo, condenó á María á morir en el cadalso... Es decir, degollada, conforme á la dignidad real.

La terrible sentencia fué comunicada á la Estuardo la víspera de la ejecución. La muerte de María resultó el acto más noble de su vida. El largo martirio en prisiones limpió su alma de inveteradas culpas. La majestad, la resignación edificante, la ternura con que se despidió de su servidumbre, resplandecieron con destello sublime cuando entregó su cuello al verdugo, á Dios su alma. La gran pecadora supo dar á la posteridad la clara sensación de morir como una santa.

Bastante tiempo antes de su muerte, viéndose la Estuardo en estrecha prisión, y no sabiendo á quién encormandarse, puso su esperanza en Felipe II, á la sazón el monarca más poderoso de Europa. A este propósito envió su retrato en miniatura al duque de Alba, gobernador de los Países Bajos, añadiendo una sentida dedicatoria. Dicho retrato, que es una preciosidad, según me han dicho, existe en el Palacio de Alba en Madrid. En el archivo histórico de la misma casa se conservan tres cartas autógrafas dirigidas al duque en 1565 y 1570 y otra de la reina Isabel.

María pereció en 1587. Dueña del campo la implacable Isabel, declaró su enemistad al *Demónio del Mediódia*, que así llamaba á Felipe II, rey de España. Este, andando los tiempos, le pagó con la misma moneda y mandó contra ella la escuadra *Invencible*, destruida por los temporales antes de cumplir su objeto en las costas de Inglaterra. La derrota de la *Invencible* inicia el apogeo de Inglaterra como potencia de los mares. Fomentó este poderío la reina Isabel, desplegando sus raras dotes de inteligencia política y administrativa. Por terribles crisis pasó Inglaterra en los años siguientes, crisis religiosas y políticas; pero es indudable que á Isabel se debió el aumento del poderío británico como lo conocemos en la edad presente.

Terminada nuestra visita al palacio de María Estuardo, poco teníamos ya que hacer en Edimburgo. En una plazuela próxima á Holirrood nos detuvimos para oír la banda militar de un regimiento de *Highlanders*, compuesta, como es sabido, de gaitas y tambores. Para mí aquella música tan característica como los trajes de los soldados escoceses, no era nueva, pues en Gibraltar había tenido el placer de oirla. Después de echar un vistazo á Carlton Hill, partimos para Newcastle. Muy desconsolado iba yo: por mi gusto me hubiera corrido desde Edimburgo á Glasgow, pasando luego á la Región de los Lagos. Mi ambición viajera no paraba en esto; hubiérame lanzando gozoso al Norte de Escocia, buscando en Inverness el páramo donde las *Brújas* anuncian a *Macbeth* que sería rey, y reconstruir una por una las escenas del terrible drama de la ambición. En mis correrías las personas y cosas imaginarias me seducían más que las reales. Siempre fué el Arte más bello que la Historia.

Camino de Inglaterra, me afirmé en la resolución de no demorar mi viaje á Stratford-on-Avon, donde vió la luz el inmenso Shakespeare. Mi fiel amigo Pepe Galiano no podía en aquellos días



CARLOS DICKENS

acompañarme. Nos despedimos en Newcastle, y solito, enterándome de la dirección que debía seguir, me dirigí á Birmingham, que es, como todo el mundo sabe, uno de los más grandes emporios industriales de Inglaterra. Como no me guiaba ningún interés industrial ni comercial, poco tiempo me detuve en Birmingham, y tomando otro tren, seguí mi ruta hacia el lugar donde la Musa británica engendró á *Hamlet*, *Macbeth* y otras inmortales criaturas.

Confirmado lo que ha dicho mi Ninfa, omito en estas Memorias mis impresiones de Stratford, porque ya lo hice en un libro titulado *La Patria de Shakespeare*, y emprendiendo nueva ruta, pase por Oxford, la ciudad universitaria, por Windsor, residencia habitual de los reyes de Inglaterra, y no paro hasta Londres.

Por tercera vez me veo en la Metrópoli de la Gran Bretaña; pero ni esta ocasión ni las siguientes me bastarán para contaros mis observaciones en este conglomerado de ciudades populosas. París es grande, metódicamente regular y armónico; Londres es disforme, desproporcionado, sin medida en sus bellezas, como en sus fealdades; compónenlo arrabales magníficos, rincones deliciosos y longitudes desesperantes como ensueños de pesadilla. Dividiré en tres partes mis relatos londinenses, empezando por el Oeste, que sintetizo con este rótulo: *El Parlamento y Westminster*. Tarea tengo ya para hoy. Y cuando Dios quiera tendréis la segunda conferencia: *San Pablo y La City*. El extremo Este y la tercera: *Regent's Park y el Jardín Zoológico, British Museum*.

Doy principio á mi tarea descriptiva partiendo de la columna de Nelson (Trafalgar Square), pase junto á la estatua ecuestre de Carlos II y entro en Whitehall, avenida espaciosa formada por varios edificios del Estado. Entre ellos se destaca, á mano izquierda, un palacio de modesta arquitectura y aspecto vulgar; no obstante, tiene gran valor histórico, porque en él fué decapitado el rey Carlos I el 30 de Enero de 1649. En medio de la calle se levantó el patíbulo, que fué comunicado con el palacio por uno de los balcones de éste. Víctima de su orgullo y de su desprecio del Parlamento pereció el segundo de los Estuardos. En el terrible momento de entregar su cuello al verdugo, mostró Carlos la dignidad propia de su estirpe y de su ascendido cristianismo. Este acontecimiento, punto culminante de la Historia de Inglaterra, marca una exemplaridad política que reaparece de tarde en tarde en la conciencia de otros pueblos europeos...

Sigo mi camino por la espaciosa vía, en dirección del Támesis; y sin parar mientes en diferentes edificios que á uno y otro lado se ofrecen á mi vista, toda mi atención se clava en una torre corpulenta, elevadísima, de traza robusta dentro del estilo gótico-rectangular. En su cuerpo más alto campea el disco de un reloj monumental que se me antoja el reloj más grande del mundo. Acerándose más veo la enorme mole del Parlamento, uno de cuyos lienzos se extiende á lo largo del Támesis, fundado sobre las corrientes aguas del

rio. Por la otra parte aparecen otras grandes prolongaciones del mismo edificio, que sirve de asiento y albergue á la institución política más estable y grandiosa de la vieja Inglaterra. En otra ocasión penetré por breves instantes en aquel recinto. En la ocasión que ahora refiero me procuré un pase para visitarlo y recorrerlo detenidamente. ¡Qué inmensidad, qué lujo, qué magnificencia! Allí reside la verdadera majestad, la soberanía efectiva de la nación. En una parte la Cámara de los Comunes, en la otra la de los Pares, y entre ambas dilatada serie de salones destinados á locutorios, conferencias, bibliotecas, oficinas, comedores, escritorios, habitaciones privadas del presidente y secretarios, que en el régimen inglés son funcionarios permanentes. Cuanto conviene, en fin, á la relación entre ambos estamentos y á la

raza. En las capillas de Westminster encontramos todos los Reyes, Reinas, Príncipes y Caballeros que han florecido en este noble suelo. La capilla de Enrique VII es, en este concepto, interesantísima. También hay Reyes santos en esta y otras capillas; pero algunos visitantes rinden culto á los santos de su mayor devoción, no en las capillas, sino en las naves y cruceros de la iglesia. En esta encontré á Newton, que en la piedra de su sepulcro tiene grabado el famoso *binomio*, fórmula matemática que dió fama á este varón extraordinario, descubridor de la Gravitación Universal y del sistema del mundo. La ciencia debe, además, á Newton otras grandiosas conquistas.

No lejos de la tumba de Newton vi la de Darwin, creador de la teoría del origen de las especies por la selección natural... En una de las alas

del crucero, y en la que lleva el nombre de *Rincón de los poetas* (*Poets Corner*), nos hallamos ante la brillantísima pléyade de poetas, novelistas, historiadores, críticos, músicos, actores, etc., que en siglos diferentes han brillado en el espacio infinito del Arte británico. Los que no tienen sepultura en la Abadía con inscripciones y signos fehacientes están representados por estatuas, bustos, medallones y expresivas leyendas. Resulta un completo cielo, como nos le pintan y describen las escrituras dogmáticas. Allí están los profetas, apóstoles, mártires, los elegidos, en fin, merecedores de la inmortalidad. Allí podemos rendir culto á los santos que nos merezcan más respeto ó veneración. Resplandecen en la celestial muchedumbre Macaulay, Thackeray, el compositor Handel, que los ingleses consideran como suyo, aunque nació en Alemania; Oliverio Goldsmith, Pope, Addison Chaucer, Thomson, Prior, Campbell duque de Argyll, Spencer, el famoso comediante Garrick, Milton, cuyo solo nombre basta para caracterizarle, Dryden, Ben Jonson, descollando entre todos el soberano hacedor de humanidades vivas Guillermo Shakespeare...

La última vez que visité la Abadía vi en el suelo del *Rincón de los Poetas* una sepultura reciente; en ella, trazado al parecer con

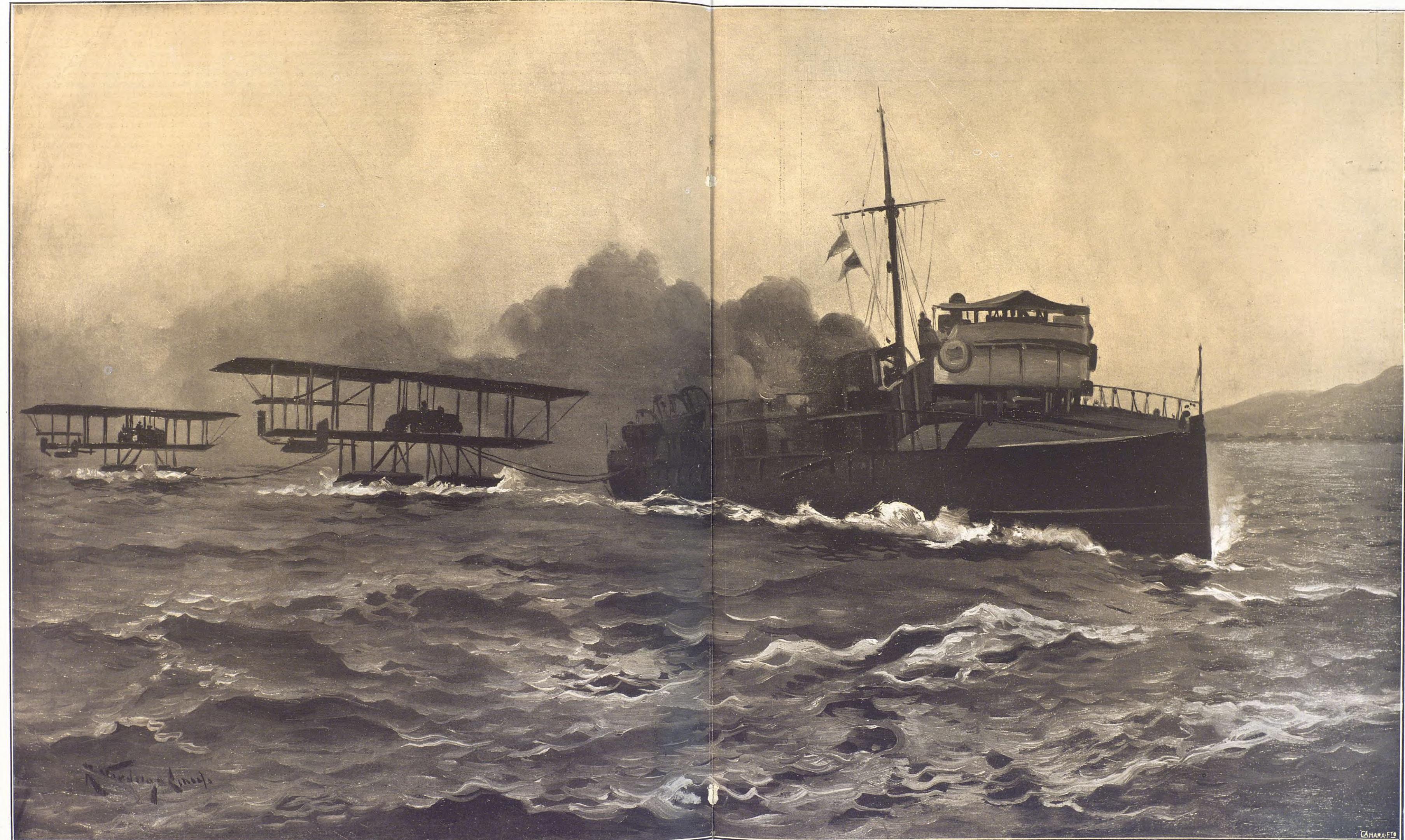
carácter provisional, leí esta inscripción: *Dickens*. En efecto, el gran novelador inglés había muerto poco antes. Como éste fué siempre un santo de mi devoción más viva, contemplé aquel nombre con cierto arroboamiento místico. Consideraba yo á Carlos Dickens como mi maestro más amado. En mi aprendizaje literario, cuando aún no había salido yo de la mocedad petulante, apenas devorada *La Comedia Humana*, de Balzac, me apliqué con loco afán á la copiosa obra de Dickens. Para un periódico de Madrid traduje *El Pickwick*, donosa sátira inspirada sin duda en la lectura del *Quijote*. Dickens la escribió cuando aún era un juen-zuelo y con ella adquirió gran crédito y fama. Depositando la flor de mi adoración sobre esta gloriosa tumba, me retire del panteón de Westminster... Quisiera dar un vistazo al Museo de Pinturas; pero es muy tarde y este artículo es demasiado largo. Quédese para un día próximo el tratar de lo que me sugiera mi caprichosa *Memoria*.

B. PEREZ GALDOS



MARIA ESTUARDO

—LA AVIACIÓN EN LA GUERRA—



UN "DESTROYER" RUSO REMOLCANDO DOS HIDROPLANOS, CON OBJETO DE BOMBARDEAR DESDE EL AIRE LA COSTA TURCA

Dibujo de R. Verdugo Landi

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

EUGENIO HERMOSO



"En el Berrocal", cuadro de Eugenio Hermoso

FATERNA de esas vidas de niños tristes é inteligentes que hay en los libros de Daudet y de León Frapié, parece la vida de Eugenio Hermoso. El que había de crear un arte personalísimo, inconfundible, donde se exalta con íntima delicadeza la vida campesina de Extremadura, ha tenido que poner su voluntad frente á obstáculos temibles.

Nació en Fregenal de la Sierra, el 26 de Febrero de 1883. Su padre, Salas Hermoso, era jornalero agrícola, y apenas tuvo fuerzas para ello, hubo el futuro artista de empuñar aperos de labranza y encorvar su cuerpecillo infantil sobre la tierra... Tal parecía ser su destino in cambiable: un bracero más, uno de estos mozos de la carnación morena, los ojos negros y brillantes, la apostura gallarda, que en los vésperos tornan del campo al lado de una muchacha de perfil virginal y de vestiduras gayas que contrastan con los yermos fondos...

Sin embargo, Eugenio Hermoso, en la calma de la noche, restando horas al descanso, sentía el acuciamento del arte. El mismo lo dice con palabras de sinceridad y de candor:

«Había tenido yo siempre, sin saber cómo, afición al arte, y hacía, como todos los chicos, santos de barro, con los que adornaba los muebles de mi casa. Pronto dejé el barro por el lápiz, y entonces no quedó pared que no ostentara algún soldado ó algún general. Como algunas personas me animaban, yo seguí trabajando y

copiando las muestras que me daban; y así estuvimos hasta que dispusieron mandarme á Sevilla... Para marcharme se recolectó lo que se pudo, y como no fué mucho, á los cinco ó seis meses tuve que hacer un nuevo contrato con mi patrona para que no me echase á la calle. Yo le daba desde entonces cinco ó seis duros al mes, ella podía mandarme á todas partes, dejándome algunas horas durante el día para dibujar.»

Tenía entonces dieciséis años. Sus únicos medios de vida eran dos pensiones de una peseta diaria cada una, que le costeaban, respectivamente, doña Mercedes Velasco y el Ayuntamiento de Fregenal de la Sierra. Sus maestros en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla fueron Gonzalo Bilbao y Jiménez Aranda, un gran colorista y un gran dibujante, á los que debe ciertamente el joven maestro ambas cualidades de su factura.

Trasladado á Madrid, ingresa en la Academia de San Fernando y empiezan los triunfos menores: premio de la duquesa de Denia en la Exposición del Círculo de Bellas Artes el año 1902; tercera medalla en la Exposición Nacional de 1904, por un retrato de niña.

Pero la verdadera revelación de Eugenio Hermoso es en la Exposición del Círculo el año 1905, con sus cuadros *Hijas del terruño* y *En la labor*. Insinúa en ellos el joven artista su orientación pictórica. Este sentimiento delicado que le caracteriza empieza en *Hijas del terruño*. A este lienzo de pequeñas proporciones



El ilustre pintor Eugenio Hermoso, en su estudio de El Fregenal (Extremadura)



"Carmen"



"Las hijas del hortelano"



"La niña del clavel"

va á seguir una serie de escenas y de figuras campesinas en que todo parece ungido de paz, humildad y ternura. A los nombres de Morales, Zurbarán y Salvador, unirá la historia de los pintores extremeños este de Eugenio Hermoso, absolutamente, plenamente identificado con el medio en que nació.

Y llega la Exposición Nacional de 1906, en la que Eugenio Hermoso presenta *La Juma, la Rifa y sus amigas*. Digno este cuadro de una primera medalla, se alegó como fútil pretexto la mucha juventud del pintor, para concederle únicamente una segunda.

No es sólo *La Juma, la Rifa y sus amigas* la mejor obra de Eugenio Hermoso sino también una de las joyas de la moderna pintura española. Pocos lienzos tan frescos, tan jugosos, tan dotados de divina gracia como este de las ocho mocitas tornando al pueblo con el cántaro sobre la cadera y la sonrisa en los labios, desnuda la cegadora blancura de los dientes. Se piensa en Gabriel y Galán. Como el malogrado poeta, Hermoso ama las planicies extensas y obscuras, los árboles indómitos, las almas sencillas y las bucólicas costumbres. En los libros del poeta, en los cuadros del pintor, se asoman, estrechamente unidos, el espíritu y el paisaje de Extremadura.

Rápidamente, Eugenio Hermoso afianza su personalidad con nuevas conquistas para su técnica. No pierden ingenuidad, y, sin embargo, ganan en cromatismo sus lienzos siguientes á *La Juma, la Rifa y sus amigas*. Ya el retrato de Rosa—premiado con segunda medalla el año 1906 y conservado en el Museo de Arte Moderno—acusa en el joven maestro una obsesión decorativa por encima del realismo de su pintura. Esto es laudable siempre que no signifique algo más de una colaboración.

Porque en el caso contrario de predominar la elección de armonías y arabescos ó de supeditarlo todo al relativo interés del natural fielmente, pero vulgarmente observado, no tendrían esa penetrante y sugestiva belleza *La vuelta del trabajo*, *La era*, *Mercedes*, *La novia de Juan*, *El berronal*, *La merendilla* y tantos otros lienzos de los que parece escaparse la aldeanega música de que habla Gabriel y Galán en *Campesinas*:

Una música fundida con balidos de corderos, con arrullos de palomas y mugidos de terneros, con chasquidos de la honda del vaquero silbador, con rodar de regatillos entre peñas y zarzas, con zumbidos de cenceros y cantares de zagallos de preoces zagallos que barruntan ya el amor!

SILVIO LAGO



"Por el camino de las Huertas"



"Crucita y Remedios"



"María y Miguel"

(Cuadros de Eugenio Hermoso)

FOTS. CALLE

CAMINO ADELANTE...

EN nuestras excursiones por los barrios extremos de la ciudad, hemos encontrado frecuentemente esta tropa nómada y pintoresca. Un viejo cetrino y barbudo, varios hombres y mujeres de edad madura, una muchacha de ojos grandes y piel bronceada, y algunos chicuelos

A ratos, entran en la ciudad, entre la indiferencia de los mayores y la curiosidad de los chiquillos. El viejo golpea gravemente un pandero, y la muchacha de ojos grandes y piel bronceada baila una danza exótica. Los demás miran á los balcones implorando la caridad de unas monedas,

cotean en la calle y las ropa se secan al sol.

Al través del tiempo pesa sobre estos hijos de toda la tierra la sentencia que les obliga constantemente á andar y andar. Y aun cuando fueran buenos como santos de retablo, los hombres les



desarrapados. Con ellos van dos osos flacos y cansinos y tres ó cuatro monos de poco pelo.

En otros tiempos que ya son de romance y de novela, esta gente tendría su rancho en los campos de Santa Bárbara, en el mismo lugar que lo tuvo Preciosilla, en plena villa y corte, donde, según Cervantes, «todo se compra y todo se vende». Ahora plantan sus tiendas, si las hay, en las Cambroneras ó en los Cuatro Caminos, ó hacen cama sobre el santo suelo bajo los arcos de las Ventas del Espíritu Santo.

y los chiquillos rebuscan huesos, cintas y mendrudos de pan. Algunos granujillas se dedican en tanto á molestar al oso y á hostilizar á los monos, sucios y famélicos. Pero no es en la ciudad donde la tropa bohemia es perseguida y odiada más sañudamente. En las aldeas y en el campo se les huye medrosamente, se les cierra las puertas y se les niega asilo, lumbre y agua, porque cuando la errante caravana pasa no se ve en ella la alegría de los caminos, sino el peligro de que desaparezcan como por ensalmo las gallinas que pi-

desprecian, las mujeres les maldicen, los apedrean los rapaces y los perros les ladran.

En este grupo gitano y andariego que merodea y acampa en los suburbios madrileños, destacan por su aspecto el viejo de las barbas y la moza de los ojos profundos y la piel de bronce. Son dos figuras clásicas, de cuerpo arrogante y robusto perfil, dignas de una farándula bohemia de pura raza, sin trampa ni cartón. El viejo recuerda á aquellos patriarcas que lucharon por la libertad de Hungría y sintieron abrirse sus carnes bajo el látigo

LA ESFERA

de los austriacos. La moza, bizarra, hermosa y compuesta, pudiera cantar en un coro de gente hidalgas aquél romance de Preciosa que trata de cuando la Reina Margarita salió á misa de parida en Valladolid, y fuése á San Llorente.

A los dos, viejo y moza, les pregunté una vez por su vida. Dirigió la muchacha al viejo una mirada de inteligencia, y el hombre de las barbas

en el invierno. Los hombres nos odian, porque dicen que somos ladrones, y las mujeres amedrenan con nuestro nombre á los rapaces para que se queden dormidos. Ladrones, ladrones siempre...

Es verdad. Ya escribió Cervantes que los gitanos nacieron solamente para ser ladrones en el mundo. A la misma vieja que educó á Preciosilla, enseñándola «sus gitanerías y modos de embelecos

gesto de tristeza, que era como el anuncio de su resignación. Rosa le miraba, brillantes los ojos y el seno palpitante.

La muchacha habló para llevarse al viejo:
—¿Vamos, abuelo?

El viejo, silencioso, cargó su enorme pipa, la encendió lentamente y después de chupar dos ó tres veces dando al aire unas densas bocanadas



fué quien habló. Supe que la moza se llama Rosa y que es un primor danzando con palillos, cantando coplas y hasta haciendo papeles de comedia. De él pude saber únicamente que es el jefe de la familia y que se llama Miguel.

Yo insistí en mi curiosidad, y pregunté:

—¿Qué tal la vida?

También fué el viejo quien contestó:

—Perra vida, señor. Andar hasta morirse en una cuneta del camino, siempre al sol y á la lluvia, con esas pobres bestias del monte que nos guardan en el verano y nos dan calor con su piel

y trazas de hurtar», la daba por jubilada en la ciencia de Caco. Todavía esta tropa bohemia arrastra por el mundo un renombre infamante como una maldición de los siglos. En tierras de Castilla se les tiene por descendientes de los Guzmán de Alfarache y los Clemente Pablo de Segovia, si son varones. Y si por acaso son hembras, todas ellas son de la casta de doña Aldonza Saturno de Rebollo, doctoras en brujerías y malas mañas, y como la propia Aldonza, zurcadoras de gustos y algebristas de voluntades.

Mientras el viejo hablaba ponía en los labios un

de humo, se alejó con la moza bizarra, que es entre el grupo errante flor de gitanería.

Después de aquel día los he visto otras veces, casi siempre en los barrios más apartados, el viejo con sus luengas barbas ya florecidas de hilos de plata; Rosa, bronceada y juncal; los arrapiezos, descalzos y con las greñas al aire, y el oso rezongando sus incomprensibles filosofías. Ahora, quizás, van camino adelante, bajo otros cielos siempre enemigos.

JOSÉ MONTERO
FOTOGRAFÍAS DE BALLELL



INDIANA



PAULINA



FERNANDA

ROMÁNTICOS EN DECADENCIA

Las mujeres de Jorge Sand

UN librero amigo mío, que pone en su profesión un poco de espíritu, me dió ayer la tremenda noticia :

—Cada día—me dijo—se lee menos á los románticos. De algunos de ellos, de Lamartine, por ejemplo, hace muchos años ya que la gente no se acuerda, pero todavía Víctor Hugo y Jorge Sand tenían apasionados lectores. De algún tiempo acá, el decrecimiento es enorme. Los jóvenes no saben apreciar el encanto de Jorge Sand, la admirable creadora de mujeres conturbadas y padecidas. Yo me pregunto en qué libro moderno podrá encontrar la generación nueva mujeres como aquellas que soñara la inquieta aventurera, de corazón tan femenino y cerebro tan varonil... Consuelo, Marta, Fernanda, Noun la criolla é Indiana su dueña, Luisa, Lavinia, Naam, Valentina, Matea, Lelia, Isea, Genoveva, Paulina, Julieta, Edmé, Aleja, La Saviniana, lady Mowbray, Juana, Quintilia y tantas otras enamoradas, gimiéntes, heroicas, valerosas, tímidas, abnegadas, todo un mundo soñado, enloquecido, conducido y guia-

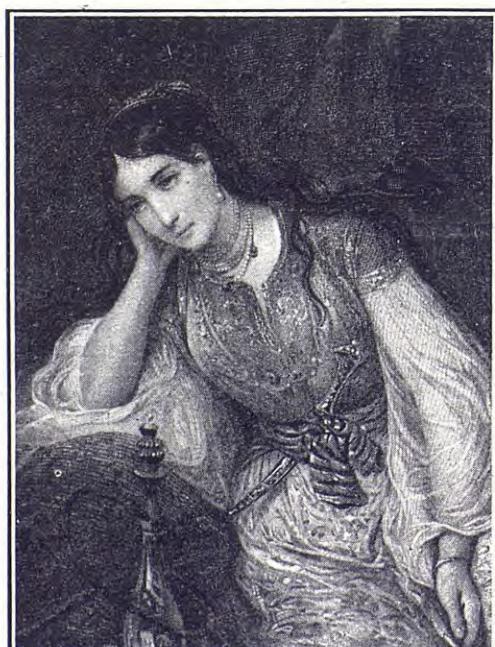
do á través de la fantasía por el Amor ciego... Dejé á mi amigo el librero con sus ociosas lamentaciones y fuíme en busca de un poco de oxígeno á las avenidas de la Moncloa. Poco á poco, como una obsesión febril, la evocación del librero tomaba forma material y veía yo en los paseos desiertos cómo iban desfilando, sombrías y misteriosas, las mujeres de Jorge Sand. Se dijo de sus novelas que constituyan la *Historia de las mujeres del siglo XIX*. ¿Pero la mujer, Eva ó Cleopatra, Mesalina ó Francesca, no fué siempre igual? Y, sin embargo, estas mujeres que nacen entre el estruendo del Imperio que se derrumba y que han de convivir con todo un mundo literario donde aún perduran las grandes concepciones de Rousseau y de Goethe, y donde cada día llegan las creaciones de Balzac, de Víctor Hugo, de Gautier, ¿no parecieron de carne viva, corazones sanguíneos, ojos llenos de lágrimas, labios temblorosos de sollozos, á diez generaciones? Y he aquí que van muriendo á nuestros ojos; se van tornando como muñecas que el tiempo aja y decolora; ya

no hay fuego en sus ojos, carmín en sus mejillas, sangre en sus labios... Las voy viendo desfilar, Edmé, delicada como una florecilla de los campos, en las manos bestiales de aquel Mauprat, de raza de bandidos, de sangre de lobos y de hienas; Valentina, blanca, rubia, serena, que envidia á María Antonieta disfrazándose de pastora bajo las enrámadas del Trianón, que recorre los senderos de la vida sin una preocupación, y de pronto ve estrangulado su corazón en el terrible drama en que el amor le obliga á salvar su virginidad para el amante, en la propia noche de sus desposorios, y á su lado aquella gimiente y desolada Luisa, herida del mismo amor, perdonando con la abnegación de las santas, en un último beso que tiene la sublimidad de una redención.

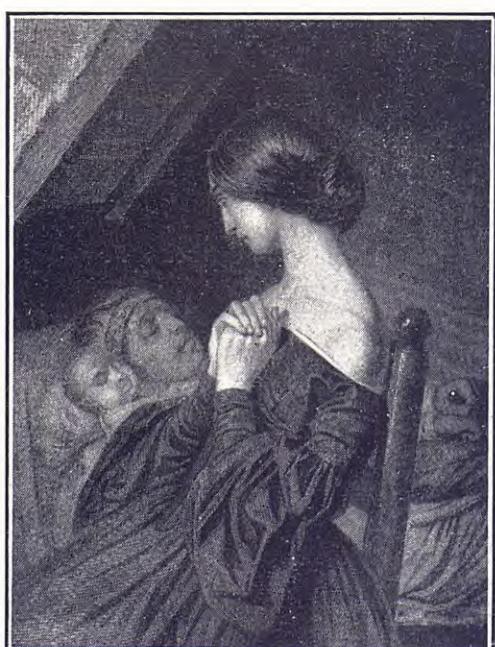
—Os acordáis de la grandeza de aquel amor de Aleja, la descendiente de la familia ilustre de los Aldini, cuando contempla impasible al cómico Lelio desde su palco del teatro de Nápoles? Y toda aquella trágica apariencia de vanidad y orgullo se deshace cuando recuerda aquella noche de



ALEJA



QUINTILIA



MARTA



VALENTINA



NOUN



GENOVEVA

su niñez, en que sorprendió á su madre, sollozante de amor, á los pies de uno de sus criados. Y luego, el momento en que se rinde al amor y acude á la iglesia, y en lugar de oraciones salen palabras de amor de sus labios temblorosos. ¿Con qué fragmentos de su propio corazón insaciable creaba Jorge Sand estas mujeres?

Cuando las gentes creen que el eterno femenino está compendiado en Manon Lescaut, Jorge Sand da vida á Julieta. Las inconstantes, las voleidoras, las coquetas, se quedan sorprendidas y anonadadas. Esta es la mujer, la verdadera mujer. No le preguntéis por qué ama con tal intensidad, con tal lealtad, con tal fidelidad, que no tiene un instante de vacilación ni de queja en los momentos en que el amante la abandona por unas meretrices. Ama porque ama; no sabe más. Y cuando aquel, en un encuentro casual, pronuncia su nombre, Julieta cae en sus brazos, sin una queja, sin un reproche.

¿Visteis cómo entró la tentación vestida de actriz parisense, en aquella casa tétrica donde Paulina cuidaba á su madre ciega? Hay una hora de crueldad en Jorge Sand cuando crea á esta mujer singular, cuyos ojos nos estremecen. Y somos crueles también y aborrecemos á Paulina.

Genoveva comienza amando las flores, que imita con la agilidad de sus dedos señoriales y que le dan de vivir, y acaba amando al hombre. Es un tierno idilio, una pastoral en la que Jorge Sand llega á sondear misterios del corazón que nadie

sospechara antes, y que truecan en horas de dolor y de tormento aquellas apacibles y candorosas palabras: «¿Es amor besarme los cabellos?»

A Genoveva sucede Isolda. Es un amor tierno y firme, como el de tantas lindas mujercitas, que ve pasar los días y no se inquieta, que jura esperar y aguarda, que no tiene sino nimias inquietudes que acrecen y avaloran el placer de amar.

En cambio, ¿creéis que hubo en la Inquisición tormento como el de aquella desdichada marquesa del Imperio que tomó un amante por seguir la moda, y que tuvo que soportarlo hasta los ochenta años; que se enamoró perdidamente de un cómico y se disfrazaba y hacía locuras para ir á verle en escena, y cuando un día feliz lo tuvo cerca, lo encontró bajo los restos mal borrados de la pintura con que se remozaba el rostro, viejo, marchito, vulgar, grosero, de voz aguardentosa...?

¿No oís el grito con que Jorge Sand misma increpa á esta sublime creación suya que se llama Lelia? «¡Lelia! ¡Lelia! —le dice—. ¿Quién eres? ¿Por qué tu amor hace tanto daño?...» Y luego, agrega: «...¡tú, venir del infierno!, ¡tú, tan hermosa y tan pura!» Y Lelia, en suma, es la mujer Prometeo, encadenada á las rocas del amor.

Hemos llegado á Venecia y hemos entrado en la tienda del padre de Matea. Es una niña aún y va inventando ella misma el ensueño de que está enamorada ardientemente del turco Obul, que fabrica tejidos de seda recamados de oro y pla-

ta; que es rico y es gentil, pero que es idólatra. Obul apenas la conoce, y ella, por mantener la mentira de su ensueño, soporta las más atroces torturas de sus parientes. Jamás se amó tan lealmente á una quimera.

Así, vosotras todas, amadoras que engendró aquella gentil amadora; así Metela Mowbray, con sus ojos negros de romana y su blancura de inglesa; así Juanita, asesinada por su propio marido; así Naam la veneciana, á la que hemos visto vivir también en los poemas de lord Byron; así Lavinia, la portuguesa, que recobra su amor perdido y tiene la abnegación de arrancarlo de su corazón y tirarlo como un guñapo; así la princesa Quintilia, convirtiendo en amante á su propio marido; así Indiana la criolla y Noun disputándose el mismo cariño; así Fernanda, redimida por un hombre de corazón; así Marta, que en el bullido del Barrio Latino agoniza sin su amado; así Consuelo, la española, que tiene, acaso, su origen en La Gitanilla, de Cervantes, y á la que idealiza el conde Zustiniani... Os olvida la generación presente; las páginas en que debíais vivir la inmortalidad no se leen; pero no os importe, porque resucitaréis cien veces á través de los tiempos, porque sois de palpitante carne femenina y estáis en el divino martirologio de las que han amado mucho!... ¡Sois inmortales, como Beatriz, como Laura, como Teresa!...

MÍNIMO ESPAÑOL



NAAM



LADY MOWBRAY



MATEA



EL RUISEÑOR DE PALACIO

Es un palacio suntuoso que fué mansión episcopal y augusta. Aquellos férreos arzobispos de Toledo, que poseyeron en Madrid las delicias de la Moncloa, tuvieron como suya esta vivienda enorme, que fué primero fortaleza, cuando los prelados llevaban más el pendón á la frontera que la capa al coro, y luego alcázar de encanto y maravilla, cuando la cota de malla volvió á trocarse por las vestiduras de púrpura, de magnificencias asiáticas. Tal fué el palacio prelacial, que los reyes hubieron de codiciarle.

Y los reyes le habitaron, y en él congregaron á los voceros de su pueblo para formar las leyes. Monarca hubo que con cortejo de justa y fiesta de algazara, salió de su recinto para entrar en el imperio tenebroso de Nuestra Señora la Muerte. Y soberanos poderosos que recibieron bajo el cobijo de sus labrados artesones á las princesas que desde lueñas tierras vinieron á Castilla en son de desposorios. Y sus solemnes aposentos supieron siempre más del dolor que del amor y del drama que del idilio.

Hoy, el palacio es un archivo. Como si fuera un vasto cenotafio, tiene el aspecto de una gigantesca tumba abandonada. Y al modo que en los opulentos edificios mortuorios que se alzan en Oriente, grandes jardines le rodean. Torreones enhiestos guardan los jardines, y muros fuertes y vetustos los orean y protegen.

Y á través de esos muros se escucha la salmodia del agua, que canta al extenderse diamantina

sobre la tierra berroqueña. Hay una fronda grata donde esplenden laureles y se yerguen cipreses como en las costas citereas. En un laurel es donde tiene su trono mi amigo el ruisenor.

Sí, somos amigos. Por las noches, con una fidelidad que acaso no tenga nunca mejor causa, suele acudir junto al muro del jardín del palacio para escuchar el concierto que el pájaro maravilloso entona para mí. Y el silencio augusto de la noche, que es como un silencio sagrado, parece más callado todavía cuando comienza á cantar el ruisenor.

La vieja ciudad duerme. Las calles, silenciosas, diríase que hace siglos que no saben de ningún movimiento. Apenas si un momento percibióse rumor de rezos en un monasterio de religiosas. El tenue murmullo pasó, bien que si una ráfaga de aire hubiese cruzado entre las ramas de los árboles como por las cuerdas de un arpa.

Y entonces, como si estuviese seguro de que nadie le ha de oír más que yo, es cuando el divino cantor empieza la admirable serenata desde su trono de laurel. ¿Qué cantará en su cántico ese ave encantada que vive en el jardín de ese palacio de leyenda? ¿De qué poema extraordinario serán estrofas sus cantares?

Aquellos altivos gerifaltes que en ese vergel mismo se adiestraron para artes de cetrería, abatiéronse tan pronto como las águilas caudales de los imperios de otra edad. Apenas si en las gloriosas ruinas quedan las águilas de piedra de Ta-

vera. Pero vive un laurel, y en el laurel un ruisenor.

La noche es tibia y clara, y al fulgor sideral se advierte una negra silueta que se dibuja sobre el caballete del muro. Es un gato, negro como un mal pensamiento. Está sentado y quieto, como una esfinje. Sus ojos luminosos inquietan algo entre las sombras. Sus misteriosas pupilas fulgurantes muéstran retadoras, inescrutables, como el destino de los hombres.

Y aquella esfinje breve y negra permanece inmóvil mientras está cantando el ruisenor. La esfinje aquella puede ser una bestia sagaz y rapaz que guarda un copioso caudal de crueldad en sus instintos. Acaso, más bien, los gatos son animales de excepción y de una refinada aristocracia en su modo de ser.

De cuando en cuando, con una gravedad sacerdotal, levanta su cabeza y mira al cielo. Tal vez él sabe secretos de los astros, y por qué á Sirio, emperador del cielo, le llamaron Juan de Milán, y el espléndido Orión fué Pedro de Provenza.

Y el ruisenor no sabe nada. Nada más que la poesía de la noche y del laurel y de la yedra y de las piedras viejas donde formó su nido. Y el pájaro poeta, entre todas las negruras y todos los misterios, triunfa de la noche, poniendo sobre ella su cantar.

PEDRO DE REPIDE

DIBUJO DE MARÍN

LA ESFERA
DE LA VIEJA ESPAÑA



PATIO DEL PALACIO DE CARLOS V, EN FUENTERRABÍA

Fot. Hielscher

LA ESFERA

MADRID PINTORESCO



UNA VISTA DE LA MONCLOA

Fot. González Ragel

LA ESFERA
ARTE MODERNO



LA DANZA, dibujo de Agustín Ferrer



Vista del Albaicín, tomada desde lo alto del carmen de las Maravillas

FOT. VIVES

GRANADA

Quisiera yo tener, Granada mía, dentro del corazón, la melodía que fluye de tus fuentes y tus ríos y, en frágiles ó roncos murmullos, resbala en tus jardines ó se pierde por tu campiña dilatada y verde. Quisiera que mis versos fueran flores y hacer de mis estrofas ruiñenes y, de este canto que mi amor te ofrenda, un bosque de misterio y de leyenda como aquel donde, sola y pensativa, tu Alhambra de marfil está cautiva. Quisiera que en tus fértils jardines, de mirlos, de rosales y jazmines, la voz de mi alabanza se mezclará con el arrullo de la fuente clara que, oculta en el verdor de la glorieta, de tanto sollozar, se ha hecho poeta. Quisiera, en fin, Granada, que mi canto fuese reflejo de tu propio encanto, pues sólo poseyendo tu lenguaje —trino en el bosque y sol en el paisaje— pudiera en el panal de la poesía libar tu rubia miel, Granada mía.

Fué en un tiempo lejano, tan lejano que casi se ha perdido su memoria, aquel en que el orgullo mahometano, despreciando por fácil la victoria que en cien combates conquistó la enseña siempre gloriosa de la media luna, soñó, Granada, en ti como quien sueña convertir en esclava la fortuna. Un Emir poderoso que tenía la ciencia del artista y del guerrero, para mejor rendirte pleitesía, trocó por el cincel el curvo acero; así, frente á los muros de la Meca, todo su orgullo el corazón abate, y, aun el Emir más invencible, trueca por la oración el grito de combate. Era propicio el suelo y grande era la ciencia de tus sabios moradores. No fué milagro ver en primavera cubrirse, siendo fértils, de flores las tierras cultivadas con esmero. Renaciste, Granada, en los escombros de la antigua ciudad. Fuiste primero mansión de luz y manantial de asombros, jardín florido y perfumado huerto donde crecían á la par vecinos la palmera sagrada del desierto y, los del norte, seculares pinos.

Para, luego, ceñir sobre tu frente la espléndida corona de sultana, se elevaron, lo mismo que en Oriente los destellos de sol á la mañana, alcázares, mezquitas, murallones, minaretes y torres elevadas, palacios y fantásticas mansiones de mármol con estancias encantadas donde, bajo las bóvedas de oro, frente al incendio de los miradores, las fuentes rompen el cristal sonoro que mana de los claros surtidores. Y fuiste lo que nunca había sido cosa mortal que el universo encierra, antípico del cielo concedido por Dios á los creyentes en la tierra. Crecieron tus jardines. Florecían cautivos entre muros y tapiales, fértils, que de rosas se cubrían despreciando los hielos invernales. Incrustados lo mismo que esmeraldas en el rico joyel de tu hermosura, coronaron, á modo de guirnaldas perennes, la sutil arquitectura de mármoles de encaje, en el recinto misterioso y azul de las callejas que forman, al cruzarse, el laberinto de mirra y sol que en tu Albayzín semejas. Surgiendo de la entraña de tu suelo y de las cumbres de tu Sierra alta, —pétreo Sultán con alquicel de hielo— brotaron, en corriente fugitiva, los cauces armoniosos de tus ríos, las acequias y puros manantiales que llevan, entre alegres murmullos, la miel de su cristal á los panales de incienso de tus huertos y jardines; el agua, en fin, Granada, que solloza lo mismo en los dorados camarines de tu alcázar, que canta y se alboraza cuando, en cárcel de márgenes floridas, desciende por los bosques alhambrinos bajo el verde espesor donde, escondidas, las aves tejen su dosel de trinos. Así fuiste, Granada, y así eres. Nada conturba tu beldad triunfante, ciudad que ostentas como tus mujeres, alma de espuma y corazón fragante. Fué inútil que la mano del destino, á cuya voluntad nada resiste, trazara nuevo norte en tu camino; tú sigues siendo lo que siempre fuiste, y, en tu alto esplendor eternizada,

hoy más bella que ayer, porque has perdido tu majestad y, reina destronada, la aureola del dolor te ha engrandecido. ¿Qué importa que la Alhambra esté desierta, si en tu seno, Granada, la adormeces sin que ella misma su fracaso advierta, y, á través de calados ajimeces, —sueños de luna, de jazmín y encaje— queriendo mitigar su desconsuelo, le brindas, como ayer, igual paisaje bajo el encanto azul del mismo cielo? ¿Qué importa que en los altos almenares la voz de tus guerreros se extingiera y el estandarte de los Alhamares jamás su gloria á desplegar volviera, si en lugar de los béticos clamores y en vez de las enseñas agarenas sus trovas cantan hoy los ruiñenes y las yedras coronan las almenas? ¿Qué importa que en los patios de la Alhambra, desnudas odaliscas sensuales no rimen las cadencias de la zambra con el son de las guzlas orientales, si en las fuentes las dulces languideces quedaron de las músicas cautivas y evocan las morenas desnudeces las columnas doradas y lascivas? ¿Qué importa que el pasado se quebrante, que los siglos lo borren á su paso, si es tanta tu belleza y tan pujante que logras anular todo fracaso, y, viva imagen de la primavera que cubre de verdores tus colinas, si en polvo tu ciudad se convirtiera, volvería á surgir de las ruiñas? No llores, pues, Granada, porque muertos contemplerás tus pasados esplendores. Piensa que en el recinto de tus huertos la tierra no se cansa de dar flores; que si ayer, siendo reina, la fortuna te ciñó la corona de un imperio, eres hoy, destronada, como una sultana en perfumado cautiverio. Y, presa tras la frágil celosía que tejen tus granados y azahares, has hecho de tu llanto una armonía, un lírico jardín de tus pesares, y, de tu misma esclavitud cristiana, un encantado cascabel sonoro que esmaltan tus crepúsculos de grana y vibra igual que un corazón de oro.

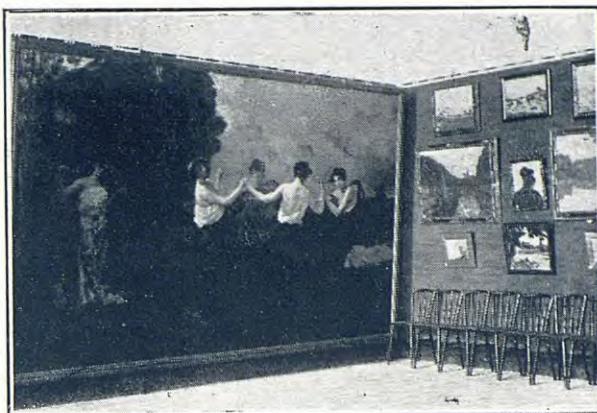
ALBERTO A. CIENFUEGOS

LA VIDA ARTÍSTICA

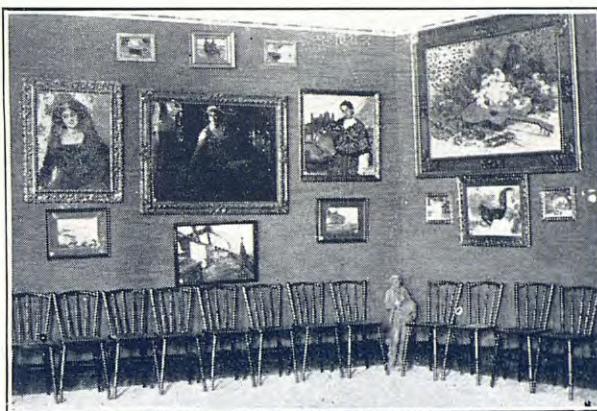
LA EXPOSICIÓN DE MELILLA



"Andaluza", cuadro de Carlos Vázquez



Aspecto de una de las salas de la Exposición de Melilla



Sala de "Alfonso XII", en la Exposición de Melilla



"Morena y con sol", cuadro de Gili Roig

NOTABLE por muchos conceptos es la Exposición que se celebra actualmente en Melilla, como una prueba más de la descentralización artística en España.

Poco á poco se van convenciendo los artistas de que no solamente se ratifican las personalidades y se consagran los nombres en los certámenes nacionales que cada dos años se celebran en Madrid. Con frecuencia vemos que en distintas provincias se organizan exposiciones á las que concurren no solo los artistas indígenas, sino otros de regiones apartadas.

Se establece de este modo un intercambio de tendencias y criterios estéticos que contribuyen á renovar el ambiente un poco anquilosado donde se agitan pintores y escultores provincianos.

Barcelona, Huelva, Bilbao, Badajoz, Málaga, celebran sendos certámenes artísticos y menudean las ventas con una prodigalidad desconocida en Madrid. Esto es bien consolador...

En la de Melilla han logrado reunir sus organizadores gran número de obras entre las que destacan algunas de positivo mérito.

El mayor contingente de ellas ha sido enviado por artistas catalanes ó residentes en Barcelona, como el admirable retratista Julio Moisés; el pintor delicadísimo de las bellezas femeninas, Masriera y los laureados pintores Carlos Vázquez y Baldomero Gili Roig. También han sido muy celebrados los cuadros de Blesa, Murillo Carreras, Tolosa, Manrique Sanz y otros.

Y no solamente figuraban obras artísticas de pintores y escultores españoles. También habían logrado reunir los organizadores gran número de obras de artistas marroquíes y de productos indígenas, que demuestran la floreciente prosperidad de aquella posesión nuestra en África.

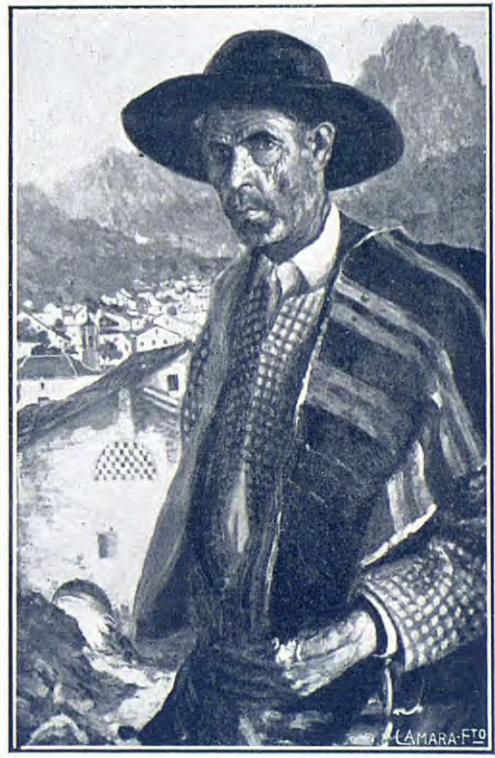
Laudable el propósito, felicísimo el resultado, todo hace esperar que se repitan semejantes manifestaciones de cultura.



"Retrato de señora", original de Luis Masriera



"Idilio", cuadro de Murillo Carreras



"Paleto", cuadro de Julio Moisés

ENTRETENIMIENTOS HISTÓRICOS

NACIMIENTO DE LUIS XIV

La noche del 4 de Septiembre de 1638 fué de gran inquietud para los habitantes de la ciudad de París. En la tarde del mismo día habíase extendido la voz de que la reina sentía ya los dolores de su próximo alumbramiento, y esta noticia, difundida con la rapidez del rayo, puso en loca conmoción á los parisienses.

El embarazo de la reina venía siendo ocasión de múltiples comentarios y los más extraños rumores corrían de boca en boca. En realidad, no faltaban motivos para despertar la curiosidad de las gentes.

Reinaba á la sazón en Francia el monarca Luis XIII, príncipe melancólico, fúil, tímido y cruel. Veintidós años antes habíase casado con Ana de Austria, princesa española, hija de Felipe III, nacida el día 22 de Septiembre de 1601; contaba, pues, treinta y ocho años Ana de Austria cuando iba á dar á luz el príncipe que anhelaban los franceses.

Nadie se explicaba satisfactoriamente que una princesa tan hermosa, tan joven y tan bien conformada como Ana de Austria hubiese adolecido durante veintidós años del defecto de esterilidad, y de público se achacaba al rey la culpa de tan terrible mal para la Francia.

En efecto, la conducta seguida por Luis XIII con la hija de Felipe III no era la más apropiada para atajar los comentarios de la maledicencia. El rey vivía alejado en absoluto de su esposa, á quien sólo veía durante las ceremonias oficiales. En principio, las causas de esta disensión conjugal fueron los celos de Luis XIII, que había sospechado en su propio hermano Gastón y en Ana de Austria una intimidad poco conveniente; después, los celos del rey recayeron en la persona del duque de Buckingham, caballero inglés de figura arrogantísima, primer ministro y favorito de Carlos I de Inglaterra.

Ana de Austria pudo probar su inocencia y salió triunfante de las sospechas del rey; más tarde siguió tratándola con frialdad y se mantuvo alejado de ella.

Los franceses habían perdido, por consiguiente, la esperanza de un heredero de la corona. Júguese cuál sería su sorpresa al conocer la noticia de que Ana de Austria, al cabo de su prolongada esterilidad, se encontraba en estado interesante. Propalaron los rumores más peregrinos, sumamente dañosos para el honor de la reina, y todo el mundo comentó vivamente el



LUIS XIV, DE FRANCIA

suceso; mas conforme éste se aproximaba, dábansen al olvido las habladurías y las fábulas calumniosas, y un júbilo sin igual resplandecía en todos los ánimos, ante el hecho cierto é indudable de que la reina estaba en cinta.

Cuando sonó la voz de haberse presentado los síntomas de alumbramiento, los habitantes de París corrieron á la vecina ciudad de Saint-Germain, donde se encontraba la corte. Por desdicha, poco antes habíase destruido el puente de Neuilly, que establecía la comunicación entre Saint-Germain y París, y sólo se disponía de una barca para el pasaje. Este obstáculo contuvo á la muchedumbre enfrente de Saint-Germain, no obstante, los más jóvenes ó más ágiles pasaron el río á nado y consiguieron llegar hasta el palacio de los reyes.

Entre las gentes del pueblo se convino en anunciar las novedades de una orilla á otra, para llevarlas á París sin pérdida de momento. En tanto que la reina no alumbrase, se harían

señas negativas; si la reina paría una hembra, se cruzarían de brazos en actitud de tristeza; pero si la reina daba á luz un delfín, se arrojarían los sombreros al aire lanzando á la vez un grito de alegría.

Así transcurrió la noche del 4 de Septiembre y la mañana del 5. La curiosidad estaba tan excitada, que nadie había dormido ni sosegado. Por último, á las doce y media de la tarde de dicho día 5 de Septiembre de 1638, se vió al rey Luis XIII asomarse á los balcones de palacio y mostrar un recién nacido á la multitud, exclamando:

—¡Un hijo, señores, un hijo!

Al instante hicieron las señales convenidas, resonando un clamor unánime de inmensa alegría, que pasó el Sena y llegó á París con la velocidad del viento.

Los transportes de regocijo á que se entregó entonces la ciudad sobrepujaron los cálculos más optimistas. Todos los palacios de la nobleza, todos los edificios oficiales y la inmensa mayoría de las viviendas particulares, se llenaron de luces, de adornos, de armas, de pinturas, de flores, de leyendas y alegorías; todas las campanas de la ciudad, incluso las del Real Palacio y de la Samaritana, reservadas para ocasiones contadísimas, repicaron sin cesar aquel día y el siguiente, á la vez que la Bastilla y el Arsenal hacían fuego con todas sus baterías. En la noche del 5 se formó en la plaza de la Municipalidad una hoguera tan enorme, que las casas próximas hubieron de ser desalojadas, porque los vecinos se tostaban materialmente. Hubo durante varias noches fuegos artificiales y bailes públicos, con repartos de vino y sidra á toda condición de personas, por lo que fueron muy numerosas las riñas y los accidentes. Las calles de París se llenaron de mesas y grandes bancos, donde día y noche, sin interrupción, se comía y se bebía á la salud del futuro rey de Francia. En fin, la alegría del pueblo fué tan grande y tan ruidosa, que un historiador dice:

—Dijérase que era un Dios y no un rey el que nacía.

De esta suerte, en medio de tan extraordinarios regocijos, vino á este mundo Luis XIV, nombrado en justicia *El Rey Sol*, uno de los más grandes reyes que han existido.

A. DELGADO REY

PAISAJES ESPAÑOLES



Vista general de Gerona, tomada desde el río

FOT. VIVES